

# CRISTO REY DEL UNIVERSO – B –

---

25/11/2012

Oratorio de san Felipe Neri

Alcalá de Henares

Queridos hermanos;

Para terminar el ciclo del año litúrgico celebramos la solemnidad de Cristo Rey.

Con toda la Iglesia reconocemos a Cristo como Rey supremo, a quién está sometido el Universo y su Historia, a quien está sometida toda criatura y toda la humanidad; a quién está sometido todo otro poder de este mundo.

En esta fiesta decimos a Cristo: “Sólo tú eres Rey”. “Sólo tú eres nuestro Rey”.

Y le decimos a cualquier otro poder de este mundo, a los poderes legítimos y también a los ilegítimos: al poder político y al económico; al poder de la propaganda y de aquellos que tienen en su mano los medios para influir en las voluntades de los demás; al poder de la ciencia y del saber; al poder de la naturaleza con sus leyes inexorables; al poder que la enfermedad y la muerte muestran aún sobre nosotros; al poder que sobre cada uno de nosotros manifiesta aún el pecado, al poder que sobre nuestro propio corazón ejerce aún la ambición, el deseo desordenado de placer, la ira, el odio o la envidia. A todos esos poderes, les decimos: no sois el último poder, lo queráis o no, todo está sometido a Cristo, todo vuestro poder, legítimo o ilegítimo también está sometido a Cristo.

Y nosotros mismos reconocemos que no somos dueños de nosotros mismos y nos postramos ante Cristo como nuestro verdadero y único rey.

Ahora, la cuestión es sencilla: ¿Es Jesús el verdadero rey? ¿O, por el contrario, nuestra fe es sólo palabras? ¿Es Jesús el verdadero soberano o nuestra fe es un espejismo? Es la pregunta que da comienzo al diálogo que mantiene Pilato con Jesús: “**¿Eres tú el rey de los judíos?**”.

El Evangelio nos muestra a Cristo preso delante del poder político. Pilato representa al Emperador romano, que se entiende a sí mismo como Señor del mundo, como rey del mundo. Y, de alguna forma, este romano tiene en su mano la vida o la muerte de Cristo. Parece que el poder de este mundo se levanta por encima de Jesús.

Y no sólo Pilato. Jesús ha sido conducido hasta allí por “los suyos”: “**Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí**”, le dice Pilato. Y así ha sido. Jesús ha sido apresado, atado y conducido ante Pilato por “su gente”, por los “suyos”. “Los suyos” son el pueblo de Israel, y es también la humanidad entera. Se consuma así el pecado del hombre, el rechazo de Dios por parte del hombre: “**vino a los suyos y los suyos no lo recibieron**”. Parece que el poder del pecado se levanta también por encima de Jesús.

Podemos volver a la pregunta inicial de Pilato: ¿Eres tú el rey de los judíos? ¿De verdad se puede considerar “rey” a aquel que está a merced del poder de los hombres? Todo lo que aparece ante los ojos indica que no.

Sin embargo Jesús afirma su realeza: **“Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí”**. Jesús, a pesar de que se ve en manos de los judíos y en manos de Pilato, afirma su realeza. Así lo comprende Pilato, que responde: **“Entonces, ¿tú eres rey?”**. Y Jesús lo confirma: **“Soy rey”**.

Pero Jesús dice también: **“Mi reino no es de este mundo”**. Se podría entender que Jesús dice: “sí soy rey, pero no de este país, si estuviese en mi país podría mostrar que soy rey, mi país está muy lejos de aquí, aquí no tengo poder”. Muchas veces los cristianos estamos tentados de pensar que nuestro rey no tiene poder en este mundo que pisan nuestros pies, que en realidad aquí Cristo poco puede hacer por nosotros.

Sin embargo lo que dice Jesús es que su reino no es tiene su origen en este mundo, ni en sus poderes, ni se impone de la misma manera, ni deja sentir su poder de la misma forma: no se impone por la fuerza, no se impone por la violencia o por las armas. Dice: **“Soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad”**. En nuestro mundo se identifica el poder con la fuerza. Los que tienen la fuerza, sean una minoría o sean una mayoría, se imponen.

Pero Cristo identifica su poder no con la fuerza, sino con la Verdad: **“Soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad”**. Ahora, ¿cuál es la verdad? ¿Acaso existe la verdad? Esa es la réplica de Pilato. Es como si Pilato le dijese a Jesús: ¿Acaso no estás viendo tú mismo que sólo existe la fuerza?, ¿qué el único poder es la fuerza, la violencia?

Pilato no ve la verdad que Jesús está mostrando, de la que está dando testimonio ¿Qué verdad? La del amor de Dios por los hombres. Un amor que le ha llevado a ponerse en nuestras manos: **“Nadie me quita la vida, yo la entrego voluntariamente. Tengo poder para darla y tengo poder para recuperarla de nuevo”** Y: **“Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros”**. El amor de Dios por el hombre, ésta es la verdad que Cristo muestra sometándose a la fuerza de Pilato y a la fuerza del pecado. Pilato tiene delante esta verdad: a Dios que, movido por su amor al hombre, se ha puesto bajo su fuerza y soporta la injusticia del pecado. Pilato tiene delante el testimonio de la verdad, del amor de Dios por nosotros. Tras el diálogo con Pilato, Jesús va a tomar la cruz y va a ser crucificado. La cruz es el testimonio que Cristo trae: el del amor de Dios, un amor que no es capaz de frenar ni nuestra pobreza, ni nuestra mediocridad, ni nuestra frialdad, ni todos nuestros pecados. **“Este es mi cuerpo que se entrega por vosotros”**.

Ni Pilato ni otros muchos vieron la verdad que Cristo testimoniaba. Ellos creían que en la cruz triunfaba su fuerza, o su ley, o la injusticia, o el pecado o la muerte. Por eso se mofaban de Jesús o se lamentaban o lloraban. Incluso sus discípulos miran horrorizados la cruz. Sólo la fe de María mira de frente la cruz, –como se ve en el cuadro que corona nuestra iglesia–. Todos miran horrorizados la cruz. Sólo la fe de María es capaz de mirar de frente la cruz de su Hijo y ver en ella su victoria. Sin quitarla un ápice de dolor, María es la única que ve la verdad y que espera la resurrección.

Y la resurrección muestra la verdad: que el amor de Dios es más fuerte que la muerte; que Jesús, muerto por nosotros, es el verdadero rey. Al principio nos preguntábamos ¿Es Jesús el verdadero rey, sí o no? La resurrección de Cristo de entre los muertos indica que el amor de Dios por el hombre, dado de una vez para siempre en su Hijo muerto en la cruz ha vencido la injusticia, ha vencido todo poder, ha vencido nuestro pecado y ha vencido la muerte. Sí, Cristo es Rey, Cristo es el

verdadero rey. El reino de Cristo ha comenzado. Aunque aún permanezca oculto a los ojos de este mundo el reino de Cristo ha comenzado y nosotros participamos de él.

Algún día, como dice el Apocalipsis, **“todo ojo lo verá, también los que lo atravesaron”**. Es decir, será evidente para todos. Esta verdad que desde la cruz permanece visible sólo para la fe, la fe de María y de toda la Iglesia, que tiene como apoyo firme la resurrección, será una verdad evidente para todo hombre, para los que la aceptaron y para los que la rechazaron. Mientras tanto nosotros, que hemos recibido la fe de la Iglesia, que hemos recibido los ojos, la mirada de Santa María, nos unimos a ella y apoyados en la resurrección de nuestro Señor miramos todo poder de este mundo, los justos y los injustos, los legítimos y los ilegítimos, de frente, sin miedo, porque el poder último es de nuestro Dios, y ese poder es su amor por nosotros.

Por eso con todo el Pueblo de Dios, con los cristianos de hoy y con todos los que nos precedieron, podemos repetir como una verdadera oración dirigida a nuestro Señor y como una verdadera declaración dirigida a los hombres, las palabras del apocalipsis: **“A Jesucristo, el testigo fiel, el Primogénito de entre los muertos, el Príncipe –esto es, “el primero”– de los reyes de la tierra. A aquel que nos amó y nos ha liberado del pecado con su sangre... a Él la gloria y el poder por los siglos. Amén”**.

Alabado sea Jesucristo.

P. Enrique Santayana C.O.